

Francisco Fernández Carvajal

NUESTRO PADRE DIOS

- Dios está siempre a nuestro lado.
- Imitar a Jesús para ser buenos hijos de Dios Padre.
- La filiación divina nos lleva a identificarnos con Cristo.

I. Cuando Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró cerca del Horeb, el monte santo, se le apareció Dios en una zarza que ardía sin consumirse. Allí recibió la misión extraordinaria de su vida: sacar al pueblo elegido de la esclavitud a que estaba sometido por los egipcios y llevarlo a la Tierra Prometida. Y como garantía de la empresa, el Señor le dijo: *Yo estoy contigo*¹. No pudo imaginar Moisés entonces hasta qué punto Dios iba a estar con él y con su pueblo en medio de tantas vicisitudes y pruebas.

Tampoco nosotros conocemos del todo –por nuestra limitación humana– hasta qué extremo está Dios con nosotros en todos los momentos de la vida. Esta cercanía se hace especialmente próxima cuando Dios ve que estamos recorriendo el camino hacia la santidad. Está como un Padre que cuida de su hijo pequeño. Jesús, perfecto Dios y perfecto Hombre, nos habla constantemente, a lo largo del Evangelio, de esta cercanía de Dios en la vida de los hombres y de su amorosa paternidad. Solo Él podía hacerlo, *pues nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo*², nos dice en el Evangelio de la Misa. El Hijo conoce al Padre con el mismo conocimiento con que el Padre conoce al Hijo. Jamás se ha dado ni se dará una intimidad más perfecta. Es la identificación de saber y de conocimiento que implica la unidad de la naturaleza divina. Jesús está declarando con estas palabras su divinidad.

Y como Hijo, que es consustancial con el Padre, nos manifiesta quién es Dios Padre en relación a nosotros, y cómo en su bondad nos otorga el Don del Espíritu Santo. Este fue el núcleo de su revelación a los hombres: el misterio de la Santísima Trinidad, y con él y en él la maravilla de la paternidad divina. La última noche, cuando parece resumir en la intimidad del Cenáculo lo que habían sido

aquellos años de entrega y de confidencias profundas, declara: *Manifesté tu nombre a los que me diste*³. «Manifestar el nombre» era mostrar el modo de ser, la esencia de alguien. El Señor nos dio a conocer la intimidad del misterio trinitario de Dios: su paternidad, siempre próxima a los hombres. Son incontables las veces que Jesús da a Dios el título de *Padre* en sus diálogos íntimos y en su doctrina a las muchedumbres. Habla con detenimiento de su bondad como Padre: retribuye cualquier pequeña acción, pondera todo lo bueno que hacemos, incluso lo que nadie ve⁴, es tan generoso que reparte sus dones sobre justos e injustos⁵, anda siempre solícito y providente sobre nuestras necesidades⁶. Con frecuencia, el nombre de Padre viene citado como un estribillo que le fuera muy grato repetir a Jesús. Nunca está lejos de nuestra vida, como no lo está el padre que ve a su hijo pequeño solo y en peligro. Si buscamos agradarle en todo, siempre le encontraremos a nuestro lado: «Cuando ames de verdad la Voluntad de Dios, no dejarás de ver, aun en los momentos de mayor trepidación, que nuestro Padre del Cielo está siempre cerca, muy cerca, a tu lado, con su Amor eterno, con su cariño infinito»⁷.

II. Dios no es solamente el hacedor del hombre, como el pintor lo es del cuadro; Dios es padre del hombre, y de un modo misterioso y sobrenatural le hace *partícipe de la naturaleza divina*⁸. El Padre ha querido *que nos llamemos hijos de Dios y que en verdad lo seamos*⁹. Ser hijos de Dios no es una conquista nuestra, no es un progreso humano, sino don divino, don inefable que hemos de considerar y de agradecer frecuentemente todos los días. La filiación divina será el fundamento de nuestra alegría y de nuestra esperanza al realizar la tarea que el Señor nos ha encomendado. Aquí estará la seguridad ante los posibles temores y angustias: *Padre, Padre mío*, le diremos tantas veces, acariciando este nombre suave y sonoro, jugoso y fuerte; *¡Padre!*, le gritaremos en momentos de alegría y en situaciones de peligro. «Llámale Padre muchas veces al día, y dile –a solas, en tu corazón– que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo»¹⁰.

Nuestra participación en la filiación divina se realiza a través de Jesucristo: en la medida en que nos empeñamos, con la ayuda de la gracia, en parecernos a Él, que es el Primogénito de muchos hermanos sin dejar de ser el Unigénito del Padre.

Dios Padre nos ve cada vez más como hijos suyos en la medida en que nos parecemos más a su Hijo: si procuramos trabajar como Él, si tratamos con misericordia a quienes vamos encontrando en las diversas circunstancias que componen un día nuestro, si reparamos por los pecados del mundo, si somos agradecidos como lo era Jesús. Y, de modo especial, si en la oración acudimos a nuestro Padre Dios como lo hacía Jesucristo: prorrumpiendo frecuentemente en acciones de gracias y actos de alabanza ante las continuas manifestaciones del amor que Dios nos tiene. *Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra*, leemos en el Evangelio de hoy¹¹. Gracias, le decimos nosotros, porque me ha sucedido esto o aquello..., porque esa persona se ha acercado a los sacramentos..., porque me ayudas a sacar la familia adelante..., por poder desahogar mi corazón en la dirección espiritual..., por todo... Nos portamos como buenos hijos de Dios cuando nuestro pensamiento, nuestros afectos, se dirigen a Dios Padre con mucha frecuencia; no solo en los momentos difíciles, sino también en medio de la alegría, para alabarle y bendecirle: *Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; Él rescata tu vida de la fosa, y te colma de gracia y de ternura*¹².

Hemos de procurar mirar a las gentes como lo hacía el Maestro... ¡Qué distinto es el mundo visto a través de la mirada de Cristo! Y es el Espíritu Santo el que nos impulsa a asemejarnos más a Cristo. *Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios*¹³. «Con el Espíritu se pertenece a Cristo –comenta San Juan Crisóstomo–, se le posee, se compite en honor con los ángeles. Con el Espíritu se crucifica la carne, se gusta el encanto de una vida inmortal, se tiene la prenda de la resurrección futura, se avanza rápidamente por el camino de la virtud»¹⁴. La filiación divina es el camino ancho para ir a la Trinidad Beatísima.

III. Hemos meditado muchas veces en la misericordia de Dios, que quiso hacerse hombre para que el hombre en cierto modo se pudiera hacer Dios, se divinizará¹⁵, participara de modo real de la misma vida de Dios. La gracia santificante, que recibimos en los sacramentos y a través de las buenas obras, nos va identificando con Cristo y haciéndonos *hijos en el Hijo*, pues Dios Padre tiene un solo Hijo, y no cabe acceder a la filiación divina más que *en Cristo*, unidos e identificados con Él, como miembros de su Cuerpo Místico: *vivo yo; pero ya no soy yo quien vive: es Cristo quien vive en mí*¹⁶, San Pablo a los Gálatas.

Por esta razón, si nos dirigimos al Padre es Cristo quien ora en nosotros; cuando renunciamos a algo por Él, es Él quien está detrás de este espíritu de desasimiento; cuando queremos acercarnos a alguien a los sacramentos, nuestro afán apostólico no es más que un reflejo del celo de Jesús por las almas. Por benevolencia divina, nuestros trabajos y nuestros dolores completan los trabajos y los dolores que el Señor sufrió por su Cuerpo místico, que es la Iglesia. ¡Qué inmenso valor adquieren entonces el trabajo, el dolor, las dificultades de los días corrientes!

Este esfuerzo ascético que, con la ayuda de la gracia, nos lleva a identificarnos cada vez más con el Señor, nos debe mover a tener *los mismos sentimientos que Cristo Jesús*¹⁷; y conforme nos identificamos con Él vamos creciendo en el sentido de la filiación divina, somos –para decirlo de algún modo– *más hijos* de Dios. En la vida humana no cabe ser «más o menos hijo» de un padre de la tierra, sino que todos lo son por igual: cabe solo ser *buenos o malos* hijos. En la vida sobrenatural, conforme más santos seamos, somos más hijos de Dios; al meternos más y más en la intimidad divina, llegamos a ser *no solo mejores hijos, sino más hijos*. Esa debe ser la gran meta de la vida de un cristiano: un continuo crecimiento en su filiación divina.

Nuestra Madre, Santa María, es el modelo perfecto de esta grandeza sublime a la que puede llegar la gracia divina cuando encuentra una correspondencia total. Nadie ha estado, fuera de Cristo en su Santísima Humanidad, más cerca de Dios; ni ninguna criatura puede llegar a ser, en la plenitud de sentido en la que la Santísima Virgen lo fue, Hija de Dios Padre.

Pidámosle que meta en nuestras almas la inquietud de buscar esas enseñanzas del Espíritu Santo que nos impulsan a imitar a Jesús: bajo su influjo tendremos la urgencia, la necesidad ardiente de volvernos hacia el Padre en todo momento, pero especialmente en la Misa: le invocaremos *Padre clementísimo*¹⁸, uniéndonos al sacrificio de su Hijo; nos atreveremos a verle como Padre y llamarle *Abba*, precisamente porque estamos ungidos por el Espíritu de su Hijo, que clama *Abba, Padre*¹⁹. Él es quien nos hace tener el hambre y la sed de Dios y de su gloria, tan patentes en su Hijo Encarnado. Y el Padre es glorificado por nuestra creciente semejanza con su Hijo Unigénito: *Aquel que es poderoso sobre todas las cosas para hacer mucho más de lo que podemos pedir o pensar*²⁰, 21.

1 Primera lectura. Año I. Ex 3, 1-6; 9-1 2. — **2** Mt 11, 27. — **3** Jn 17, 6. — **4** Cfr. Mt 6, 3-4; 17-18. — **5** Cfr. Mt 5, 44-46. — **6** Cfr. Mt 4, 7-8, 25-33. — **7** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 240. — **8** 2 Pdr 1, 4. — **9** 1 Jn 3, 1 — **10** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 150 — **11** Mt 11, 25-26. — **12** Salmo responsorial. Año I. Sal 102, 1-4. — **13** Rom 8, 14. — **14** SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Comentario a la Epístola a los Romanos*, 13. — **15** Cfr. SAN IRENEO, *Contra los herejes*, V, pref. — **16** Gal 2, 20. — **17** Flp 2, 5 — **18** Cfr. MISAL ROMANO, *Anáfora I*. — **19** Gal 4, 6. — **20** Ef 3, 20. — **21** Cfr. B. PERQUIN *Abba, Padre*, Rialp, Madrid 1986, pp. 139-140.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.